

EL ANCIANO EN LA HISTORIA

Leonor Luna de Rubio*

“Y a su paso, algunas gentes, indiferentes los miran
sin pensar que en otro tiempo, dieron vida
a nuestras vidas”.

Vásquez Florido, Josefina

El creciente interés de algunos estamentos de nuestra sociedad, por encontrar vías de solución a la problemática que afronta la población de ancianos, lo vemos expresado a través de los medios de comunicación quienes informan de hechos dramáticos y desgarradores, cuyo protagonista es el anciano; esto pareciera ser aldabonazos a una conciencia social dormida y ajena, a la realidad que se nos presenta, en forma tangible y evidente, adoptando muchas veces por desgracia la forma de problema, de inconveniente.

Hoy en nuestra sociedad existe una cierta negación de la vejez, lo que se traduce en desajustes y desequilibrios psicológicos individuales, algo así como la no instalación del hombre en su realidad, en su vejez, así como la insolidaridad colectiva hacia este importante sector de la población.

La vejez no solo puede ser vista como un fenómeno puramente biológico; detrás de ese proceso existe un transfondo social, y por tanto tenedor de sus propias peculiaridades tanto de espacio como de coyuntura histórica o cultural; los testimonios históricos algunas veces nos proyectan un arquetipo de “ancianos” que son los que “hacen” la historia de una sociedad. La otra vejez, la perteneciente al entresijo social, no protagonista, es menos conocida. El anciano permanece en la sombra entremezclado con la masa indiferenciada de la “gente” entre esos millares de personas a quienes nunca destacó la historia. Encon-

* Instructor Asociado, Facultad de Enfermería, Universidad Nacional, Magíster en Educación de Adultos. Universidad de San Buenaventura.

tramos sociedades donde el anciano es venerado y respetado, esta veneración está estrechamente relacionada con poder económico o político. La antigua Grecia, por ejemplo estaba gobernada por viejos, pertenecientes ellos a la oligarquía.

Hasta el siglo XVIII, el dato de interés con relación a los ancianos es su escaso volumen demográfico en relación a la población total y la restricción de sus derechos. Con la decadencia de los sistemas oligárquicos la historia narra que en el siglo XII llegar a cumplir los 30 años de edad era alcanzar una edad avanzada. La vejez entonces, tiene poca representatividad en la sociedad del antiguo régimen.

A partir del siglo XVIII, como resultado de los avances científicos, y con ellos las mejoras alimenticias e higiénicas y en general la salubridad pública entre otras hace que aumente la longevidad de la población; fenómeno que se ve con gran evidencia en la mayoría de los países Europeos.

En el siglo XIX, se da una revalorización de la vejez, sobre todo la vejez del adinerado, exaltándola como ejemplo de virtud, en tanto que en la población perteneciente al estrato social bajo la situación se comporta menos halagüeña, al anciano le asignan atributos de autoridad y prestigio dado por su modelo de familia patriarcal y extensa, la historia nos narra que en la sociedad antigua el anciano era acatado y honrado.

En la sociedad moderna, a la llegada de la revolución industrial, la primacía de la economía en la historia de la humanidad, es admitida por todos en mayor o menor grado. Consecuentemente con ello, también las diversas etapas de la vida se clasifican en función de lo productivo y según el tipo de actividad que desarrolle el sujeto.

En resumen, el anciano ha sufrido un gran revés a partir de la revolución industrial del siglo pasado, pero sólo hasta hace poco tiempo se tiene conciencia de ello, cuando se ve que el anciano ya no es el eslabón que ata al pasado, sino un aspecto residual de la nueva sociedad que, ni siquiera reconoce su positiva contribución al logro de todo, cuanto hoy disfruta.

Resulta aún contradictorio, el hecho de querer alcanzar larga vida, inmersos en la negación de un futuro que no necesita ser profético para conocerse de antemano, si persistimos en llegar a viejos sin habernos preparado, pasando por alto la tremenda connotación social de esta aspiración.

Hace ya más de 2.000 años que Hipócrates, hizo algunas recomendaciones para llegar a viejo manteniéndose físicamente sano. También se encuentran consejos al respecto en escritos de Homero, Cicerón y otros sabios de Grecia y Roma. Todos coinciden en la importancia de mantenerse activos. En otras palabras: nunca debería empezarse a parar y nunca debería pararse de empezar alguna actividad, para que de esta manera no se tenga que exclamar alguna vez "esto lo hacía antes".

Alexis Carrel en el año 1930, fue el primero en esbozar la idea de que si una célula renovable se saca del organismo y se pone en un medio de cultivo adecuado, es perdurable de forma indefinida. Fue sin duda un descubrimiento importante que en parte interpretaba ciertos aspectos teóricos del envejecimiento (1).

Hay quien ha buscado la posibilidad de regeneración de células desde el nacimiento con un resultado de número en 50 veces y cuando se llega a edad avanzada se da una posibilidad de 30; con esta consideración se podría llegar a pensar en lograr los 120 a 140 años. Pero a pesar de todos los descubrimientos e intervenciones en los campos de las ciencias médicas, biológicas y farmacológicas llegar a esta aseveración no deja de ser en este momento una especulación.

Cualquiera que haya sido la duración de la vida de los hombres y de sus diversas formas de relación social, la situación de los ancianos sigue siendo un problema que supera todas las soluciones que se le han podido ofrecer hasta el momento.

La Asamblea Mundial sobre el envejecimiento realizada en Viena en 1982, convocada por las Naciones Unidas fue quizás un acontecimiento de gran relevancia para el tema que nos preocupa. En dicho encuentro se pusieron de manifiesto dos posiciones muy claras: los países Escandinavos presentes (Suecia, Noruega y Dinamarca) y algunos Occidentales además de los socialistas sostuvieron la tesis: "El Estado debe asegurar el bienestar social de las personas de edad y encarar las políticas concernientes"; en cambio los países Latinoamericanos expresaron: "Es la familia quien tiene la responsabilidad principal de atender al anciano; el Estado sólo debe actuar subsidiariamente en casos de desamparo y ausencia del grupo primario (2). También la delegación de Estados Unidos se pronunció a favor de las políticas de integración familiar.

Atendiendo a la necesidad de ofrecer soluciones, vale la pena reflexionar sobre: ¿Qué tan positivo y lógico es llegar a desligar este nivel de competencia? Lleguemos por lo pronto al análisis de las relaciones entre estas dos opciones.

La producción de bienes en común ha dejado de ser una característica de la familia; progresivamente ha ido delegando en el Estado, no sólo ésta sino otras tareas que antes eran de su dedicación exclusiva (seguridad económica, previsión ante la enfermedad, la vejez, los accidentes u otros riesgos) eludiendo así el ejercicio de responsabilidad tradicionalmente incorporadas y que fueron factores significativos de cohesión. Analizando el hecho de que nunca antes la familia sufrió una crisis de tales dimensiones en sus características de estructura. La dispersión de sus miembros, la evolución cultural, la inestabilidad económica moral e inclusive la religiosa, son factores en los que el estado ha tenido ingerencia directa por el descuido a que ha tenido sometido esta célula social tan importante para el desarrollo de un país.

En los últimos años la población mundial está envejeciendo. En 1970 existían cerca de 300.000 personas mayores de 60 años equivalente al 8%, para el año 2.000 la proporción será del 9%. Entendiendo por envejecimiento de una

población el aumento de proporción de las personas mayores de 65 años en relación con el resto de la población (3).

América Latina hasta la década del 60, mantuvo una elevada tasa de fecundidad, pero a partir de esta época empieza a vislumbrarse un vertiginoso descenso; las proyecciones establecen que a comienzos del siglo XXI en 20 de los 30 países de América Latina, entre ellos Colombia, la tasa de fecundidad será equivalente a menos de 3 hijos por mujer que termine su período reproductivo, lo que significa que para el año 2025 uno de cada ocho habitantes de la región tendrá 60 o más años; se calcula que la población total será de 54.195.500 millones de habitantes, lo que significa un aumento entre 1985 y el 2025 de 56.01% previniéndose un aumento del 27.1% en la población mayor de 50 años.

En los países Latinoamericanos es evidente que su población presente una mayor longevidad, fenómeno que también se registra en forma franca a nivel de Colombia, es así como en el período 1950-1973 de cada 100 colombianos, 10 de ellos tenían más de 50 años de edad, pero solo entre 1951-1964 la mayoría vivía en las áreas rurales y es justo en el año 64 cuando los viejos empiezan a presentar mayor tendencia a migrar hacia las ciudades intermedias o a los centros urbanos de mayor importancia del país como son: Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla (4).

El agrupamiento de la población vieja del país (70%) ubicada en región cundiboyacense (25%), paisa (19%), caribe (17%), Valle del Cauca y Risaralda (14%), Santanderes (10%) seguida por Cauca- Nariño y Tolima (8%).

El Censo Nacional adelantado por el DANE en 1985, reporta que hay una población mayor de 60 años de 1'669.427 (5.99% de la población colombiana), la gran mayoría de este grupo se encuentra entre 60-69 años, en una edad media calculada en 67.9 años, y se observa tendencia a aumentar. Vale la pena resaltar que la participación porcentual de mujeres ancianas es mayor que la de los hombres, debido a la mayor expectativa de vida que ellas poseen en nuestro país, la mujer vive en promedio 5 o más años que el hombre, esto incide en una recomposición en este grupo poblacional, cada vez más creciente. Sin embargo los grupos de edades de más de 50 años alcanzaron un 12% (en 1985) (5).

Teniendo en cuenta que nuestro rol como maestros y padres, encierra un compromiso social que debe partir de una profunda concientización ante la vejez, se hace inminente la contribución como líderes o motivadores para que futuras generaciones asuman oportunamente la tarea de prepararse como ancianos en potencia y modifiquen su actitud frente al viejo de hoy, para que sea valorado como un ser íntegro y capaz; no como un enfermo terminal; para que se aproveche su historia y conocimiento en beneficio de todo un conglomerado social en evolución como también en pro de su desarrollo.

El anciano necesita más que asistencia material, oportunidad y apoyo para desarrollar valores esenciales que sustentan la vida humana y le den sentido, como son: el amor, la relación interpersonal, la cultura y la alegría de vivir. No puede sepultarse en un pasado si no que ha de envejecer con dignidad, pues

sigue teniendo presente y futuro; ambos engendrados por él, con calor y sufrimientos aunque no se le reconozca ni se le agradezca.

Concebir la vejez sólo como un estado de degradación biológica, separado de las otras etapas de la existencia, es ignorarla como una fase de desarrollo natural de la vida de todo ser humano. Es imperativo tener presente que “no venerar al anciano es demoler la casa en la que tendremos que albergarnos al atardecer” (6).

La anterior reflexión amerita una decisión y un compromiso urgente por parte de quienes nos hemos formado para cuidar la salud de la población en las diferentes etapas del ciclo vital, sin perder de vista que el futuro mediano prevee para Colombia una inversión en su pirámide poblacional en donde cada vez la población joven irá decreciendo, en tanto que la población de viejos irá creciendo a ritmo acelerado. Debemos iniciar la preparación a partir de la familia, de cada uno de sus miembros, ya quemientras no exista convicción y claridad de ¿quién es un viejo? difícilmente estaremos en posibilidad de comprender cuanto significa para una sociedad sometida a una constante transformación en la vida histórica, política, económica y cultural, recibiendo de los ancianos todo un legado como patrimonio a la sociedad donde el anciano ha vivido a lo largo de sus años.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Relatado por: Dra. VIGIL DE ESTRADA, Leticia, Representante de la República Argentina. Función del Estado frente a la protección del anciano. Viena, 1982.
2. CARREL A. Citado por SALGADO ALBA C. en Asistencia Geriátrica Geriatria de sector. Jano Revista de Medicina y Humanidades: Núm 512 Marzo 1982. Barcelona Pág. 49.
3. MELGARES RAYA, José. Valores éticos de la tercera edad Córdoba (España) 1989 Pág. 30.
4. ECHEVERRI de Ferrufino, Ligia. Familia y Vejez en Colombia Perspectivas año 2.000. En cuadernos de Antropología núm. 21 pág. 719.
5. ORDOÑEZ P., Antonio. Situación de la vejez en Colombia. FES Bogotá, pág. 10.
6. MELGARES RAYA, José. Valores éticos de la tercera edad. Córdoba (España) 1989.